



YO SOY LIBRE-PENSADOR

NO CREO SINÓ LO QUE VEO

Magín es un pobre diablo que anda repitiendo: «Yo soy libre-pensador: yo no creo sino lo que veo.» Se figura que el decir esto hace hombre, hace despreocupado. Si le hablan de Dios, de la otra vida, de los misterios de la Religión,

—A mí que no me vengán con esto—contesta Magín.
—Yo soy libre pensador: yo no creo sino lo que veo.

Ya podeis decirle que la mirada del hombre alcanza muy poco; que encerrar la libertad del pensamiento dentro de lo que uno vé, es círculo demasiado pequeño. Magín no os hará caso; se limitará á repetir su muletilla:

—Yo soy libre-pensador: yo no creo sino lo que veo.

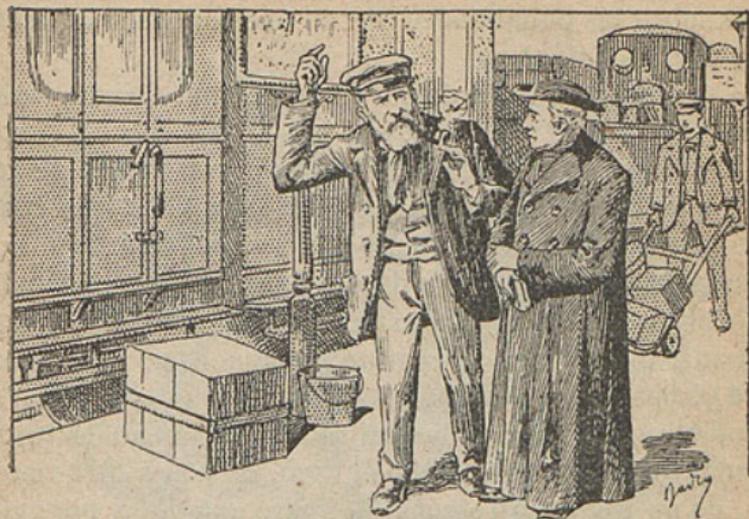
Se figura el infeliz que con decir esto se da pisto, que casi, casi llega al nivel de un intelectual.

—Pues oye un sucedido—le dice un compañero suyo.—Un noruego muy rico y muy aficionado á viajar se fué á correr mundo. Y recorriendo países, cambiando de perspectivas, penetró en Siam, país del Asia, de clima muy cálido, con bosques inmensos, poblados de tigres, rinocerontes, elefantes, etc. Sus habitantes son gente de baja estatura, de fisonomía nada agradable, bastante robustos y pecan de vanidosos. Nuestro viajero se presentó al rey de aquel país, quien le trató con mucha benevolencia, agasajándole siempre que le hablaban de Europa, á la que él deseaba conocer. Nuestro turista le dió por el gusto, y le describió los templos, los palacios, los espectáculos.

Su Majestad Siamesa escuchaba todo embobado al europeo. Éste, dándole á conocer las costumbres de su país, le decía:—Y ahora, en esta época del año, nosotros andamos sobre el agua lo mismo que si anduviéramos sobre tierra firme.—¿Vosotros andáis sobre el agua lo mismo que si anduvierais sobre tierra firme?—dijo extrañado el rey aquel, que no sabía que hubiese mares de hielo ni tampoco grandes ríos sobre los que se patina, porque él no lo había visto.

—Sí, sí; andamos sobre el agua lo mismo que sobre tierra firme y sin mojarnos.—Mira, le dijo el rey muy incomodado: yo no quiero que á mí me cuentes patrañas, ¿lo entiendes? Tú ya no vienes aquí nunca más, porque no quiero oírte más.

Eso de andar por el agua aquel rey no lo comprendía, porque él no concebía el agua en otro estado que el líquido. El agua en estado sólido, cuando está helada, para él era cosa que no cabía en su cabeza, porque nunca lo había visto.



CUANDO MUERE EL HOMBRE

¿TODO MUERE?

El célebre obispo de Ginebra, Monseñor Mermillod, viajando por Suiza, cierto día se anticipó bastante á la salida del tren. Paseaba por el andén, en cuyo extremo estaba sentado el maquinista, con su chaqueta azul y su pipa en los labios, aguardando la hora. Era un hombre alto, fornido, de miembros atléticos. Al pasar el Obispo, que iba sencillamente vestido de sacerdote, sin ninguna insignia que diese á conocer su dignidad y sin que le acompañara ningún capellán de honor, el maquinista le saludó diciéndole:

—Buenas tardes, Monseñor.

—¿Me conocéis? —le preguntó el Prelado.

—¿No os he de conocer? Habéis hecho mucho bien á mi familia. No lo olvidaré nunca.

El Obispo y el obrero entraron en conversaci3n, que vers3 sobre las penalidades de un mecánico en aquellos ferrocarriles suizos.

—Comprendo que ha de ser tarea bastante ruda,—dijo Monseñor.

—No es por lo rudo de la tarea; es por el estado de ánimo en que uno se encuentra. Porque el hecho es que cuando se tienen los pies en el fuego y la cabeza tomando el sol, la lluvia y la nieve; cuando de día y de noche es menester partir el aire andando á gran velocidad; cuando los ojos se hinchan y los nervios se excitan por tener uno que atender á varias cosas á un tiempo y todas muy serias, y se llega á mi edad, las piernas cansadas, los pulmones rojos, y esto para transportar como el rayo, de una á otra montaña, de un túnel á otro túnel, á gente que viaja por viajar, gente que en el mundo no sirve de nada, que no hace nada, elegantes y *elegantas* que, sentados en blandos almohadones ó echados en sus *sleepings*, duermen dulcemente, sin más preocupaci3n que sus placeres, entonces crea, Monseñor, que hay alguna cosa que del fondo del pecho se sube á la cabeza y á uno le vienen ganas de hacer saltar el tren y vengarse de la sociedad.

—Pero luego viene la reacci3n, ¿no es verdad? Pensáis en los tribunales, en el presidio, en que también vos seríais víctima...

—¡Quiá! No, Monseñor. ¿Dejar la piel? Esto no me preocupa; la reacci3n viene porque instintivamente uno piensa que sin duda ha de haber un Dios justo; que todo no acaba aquí, y que tras de este mundo ha de haber otro en que las cosas vayan de distinta manera.